

¡Menuda bola se ha tragado 'Enigmas'!

Dicen que hay rusos que venden misiles balísticos intercontinentales con múltiples cabezas nucleares a través de los anuncios por palabras de algunos diarios occidentales; también aseguran que unos caraduras de las nuevas mafias rusas han vendido, o casi, el mismísimo Bolshoy con el genial bajo Fyodor Chaliapin (1873-1938) incluido en la compañía de canto, aunque otras fuentes aseguran que lo que iba con el gran teatro moscovita era un tal Tchaikovsky y sus cisnes del lago, todo en buen estado de conservación.

Pero todo lo anterior se queda a la altura del *timo de la estampita* si se lo compara con el artículo que un tal Vladimir V. Rubstov le ha colado a la revista *Enigmas* y que apareció publicado en su número de septiembre de 1997.¹ Bajo el título de "El misterio de la esfera negra", el autor nos narra las peripecias de una bola más o menos redonda que se encontró un cantero ucraniano en arcillas de unos diez millones de años de antigüedad (no se indica cuándo ni cómo se dató), y que del cantero pasó a su hijo (para que jugara al fútbol, se supone), del hijo, al profesor de la escuela local, y de éste, a un imponente Boris Nikolayevich Naumenko, del Instituto de Física de la Tierra de la Academia Rusa de las Ciencias.

Nos cuenta el autor de esta burla para crédulos crónicos cómo, en un principio, los parapsicólogos rusos creyeron que la bola, por su antigüedad, debería ser capaz de emitir *energía psíquica* por el procedimiento de la frotación descubierto por Aladino cuando se encontró su lámpara maravillosa. Parece ser que no tuvieron éxito al frotarla con las manos, lo que aprovecha Rubstov para introducir su aposilla de profundo sabor escéptico: "Cuando menos consiguieron

dejar su superficie bastante más limpia de lo que estaba".

Por un momento, el lector puede verse inclinado a pensar que estamos ante un trabajo serio, sobre todo cuando el autor dice que, por fortuna, la bola pasó a expertos que la examinarían con métodos racionales y científicos, esto es, que empezaron creyendo que el objeto era de origen extraterrestre. A partir de aquí, comienza una verdadera orgía de datos supuestamente científicos, que permiten concluir que la bola tiene un núcleo interior de densidad, y, por tanto, de masa, negativa. ¡El descubrimiento del siglo, qué digo, de la historia de la ciencia y de la

¡Un colaborador de la revista de Jiménez del Oso ha hecho el descubrimiento del siglo, lo definitivo contra los michelines, las barrigas y la grasa que afea su figura!

humanidad toda: una bola con masa negativa en su interior; lo definitivo contra los michelines, las barrigas y la grasa que afea su figura! Señora, que la báscula le dice que tres kilos más, se toma tres kilos de materia negativa y a presumir otra vez. Así se entra en una especulación numerológica basada en un dibujo que parece hecho por mi hijo Jaime, de 5 años, cuando les roba el compás, la regla, el cartabón y la escuadra a sus hermanos mayores.

En una de esas divagaciones pseudomatemáticas, pseudogeométricas, se ensaya con una escala basada en la 24ª parte de una cierta longitud. El autor da un dato, y la redacción de *Enig-*

mas ¡lo mejora, señores! Es un trabajo de enorme mérito darse cuenta de este error. Y, aunque, con una modestia digna de elogio, la redacción de *Enigmas* atribuye una diferencia de 0,0042 milímetros a mediciones inexactas o a la erosión sufrida por la esfera. Mañana mismo deberían poner un fax y un correo electrónico a la Academia de Ciencias Sueca para que el Nobel de Física de este año no se nos escape.

¿Cuál es la composición de tan maravilloso artefacto esférico? No se sabe, pues el autor nos dice que, lamentablemente, el dueño (?) de la bola se la llevó demasiado pronto, ya que su mujer la necesitaba para plancharle las mangas de sus camisas, que era para lo que se usaban este tipo de bolas en la Ucrania del siglo XIX.

Con datos tan completos, relevantes y contrastados, el autor lanza la hipótesis de que nos encontramos ante un depósito de antimateria empleado como fuente de energía. Y se queda tan ancho cuando dice que "todavía se desconoce si la antimateria tiene la propiedad de la gravedad negativa, pero tal suposición es sin duda aceptable". Si dicha hipótesis fuese aceptable, ilustrados señores de *Enigmas*, habría que cerrar todos los aceleradores de partículas que operan con haces de materia y antimateria. Pero, por suerte, hay científicos ortodoxos, que, sin preocuparse mucho de las burlas y burradas de los *magufos*,² siguen creyendo que la materia y la antimateria se diferencian en su carga (si una es positiva, la otra es negativa), pero que ese número que llamamos masa tiene la buena costumbre de ser siempre positivo.

Para evitar que materia (corteza) y antimateria (núcleo) de la mágica bola negra se destruyan, el escribiente ruso se inven-

ta una capa aislante compuesta de neutrones. Y aquí entran de nuevo los redactores (aunque, por el estilo, más parece fruto del bolígrafo de Fernando Jiménez del Oso, director de la revista) para apostillar, en un increíble recuadro de apoyo titulado "Materia antigravitatoria", que "en este sentido, la malla de neutrones que según el autor podría evitar el contacto de esta antimateria con la materia, para que pese sólo 500 gramos, tiene que tener una distancia equivalente a casi tres neutrones, entre una y otra de estas partículas, y a simple vista parece que por este hueco podría colarse el positrón de la antimateria". ¡Genial! ¡Coronas esféricas de un ancho de tres neutrones y que pesan 500 gramos! ¡Nuevos microscopios de tecnología magufa que permiten, a simple vista, ver a un positrón colarse entre el hueco que dejan tres neutrones!

Parece que la redacción de *Enigmas* no ha tenido suficiente dosis de gazapos científicos rusos, que se esmera en seguir añadiendo disparates y despropósitos como si de una competición de analfabetismo científico se tratase. ¿Otra muestra?: "El agua es muy sensible a estas anomalías gravitatorias que contienen ondas escalares, no hertzianas, y sumergiéndola en ella la bola negra, por la absorción de la ultravioleta lejano en espectrofotómetro, quizá se podrían sacar algunas conclusiones importantes". Sin duda. Y la más importante es que quien ha escrito esto es un ignorante total en física, lo que no le impide, juntando al azar tres o cuatro términos técnicos, quedarse tan contento con sus latinajos científicas.

En conclusión, queridos amigos de *Enigmas*, que al próximo ruso que vaya a venderos un artículo científico lleno de arcanos y misterios propios de la parafernalia extraterrestre, preguntadle de paso que si os quiere vender también el mausoleo de Lenin; pero, en realidad, con la ignorancia científica que atesoráis, no considero necesario que os expongáis a otro timo científico de rusos desaprensivos.

FERNANDO PEREGRÍN

¹ Rubstov, Vladimir V. [1997]: "El misterio de la esfera negra. ¿Un artefacto extraterrestre de hace diez millones de años". *Enigmas* (Madrid), Año III - Nº 10 (Octubre), 8-16.

² *Magujo* es un término que se aplica en la lista escéptica española de Internet a todo divulgador pseudocientífico.

Chapuzón atlante

Canarias, 1997. Un aterrado –o eso dice– Manuel Carballal se dispone a sumergirse en las procelosas aguas del Atlántico para dar testimonio del descubrimiento de nuevos restos de la mítica Atlántida.¹

Lamentablemente sólo nos da eso, testimonio. Ni el abundante equipo con el que contaban los submarinistas ni el empeño del intrépido investigador han permitido que llegue hasta nosotros una sola imagen del asombroso descubrimiento del grupo Sub-Can. Como dice uno de los miembros del grupo, "siempre que hemos bajado a esa zona concreta se nos ha averiado algo del equipo". En esta ocasión debió ser la cámara fotográfica. Una lástima, ¿no? Afortunadamente, los misteriosos *gremlins* que nos privan de la prueba gráfica del descubrimiento no nos han librado del habitual despliegue de fotografías del autor. Supongo que por sí no le conocíamos.

En otras circunstancias podríamos afirmar que el artículo de Carballal no tiene desperdicio. Pero no es así: lo tiene, y mucho. Buena parte del texto y un recuadro se dedican a relatar la célebre superchería de los restos atlantes de Bimini, lugar donde se encontraron portentosas calzadas, restos de columnas y otros signos evidentes de la existencia de una fantástica civilización tragada por las aguas. Carballal se recrea en enumerarnos todas las investigaciones realizadas sobre los restos atlantes de Bimini. Bueno, todas las investigaciones *magufas*. Quizá no sepa que, tras la explicación del origen natural de los bloques que com-

ponían la calzada sumergida, una expedición identificó el *materia de construcción* como rocas calcáreas de origen natural y de formación tan reciente que incluso tenían en su interior restos de botellas de vidrio, trozos de plástico y otras muestras de nuestra avanzada civilización. Claro que también puede ser que los atlantes fueran así de guarras.

Otro importante apoyo al que acude Carballal –y que también se cae por sí solo– es la investigación que Thor Heyerdahl y otros crédulos efectuaron sobre las misteriosas *pirámides canarias*. A pesar de que tanto los científicos como los propios lugareños insisten en que se trata de simples *majanos*, desde hace tiempo numerosos investigadores juran y perjuran que se trata de restos de la mítica Atlántida. Insasequibles al desaliento, no dudan en adaptar su tesis a las cambiantes circunstancias, y así, cuando la construcción de una circunvalación hizo necesaria la voladura de una *pirámide* en Icod, los *piramidiotas* no se arredraron por la no aparición de restos atlantes: simplemente afirmaron que las pirámides de Icod son, en efecto, *majanos*, pero las de Güímar... esas sí que son legítimas pirámides atlantes. Tan auténticas que, cuando Thor Heyerdahl fracasó en su intento de detectar cavidades artificiales mediante radar, no vaciló en atribuir su fracaso a la previsión de los atlantes, que habían recubierto sus túneles con losas opacas a las ondas de radar.

¿Y qué más podríamos comentar del artículo de Carballal? Pues, muy poco más. Aparte de mostrarnos un enciclopédico conocimiento de las más relevantes chorradas escritas sobre la Atlántida, lo único que nos cuenta es su aventura submarina, el miedo que le da el agua y cómo los chicos de Sub-Can le toman el pelo con los tiburones. Es un poco como una de esas anécdotas que se cuentan sobre la *mili*, sólo que publicada en una revista, con muchas fotos del autor y aprovechando para mencionar de pasada la preparación de su próxima serie de televisión: *Mundo misterioso*.

Y luego hablan de propaganda encubierta...

En fin, que quizás habrá que esperar a la serie para que la reticente cámara de Carballal funcione. Hasta entonces, sus vagas explicaciones y su exhibición de conocimientos atlantes están muy lejos de ese “protagonismo” que, según él, la Atlántida “merece en nuestras facultades de Historia”.

Comentario aparte merece un recuadro que complementa el artículo, titulado “¿Dónde está la Atlántida?” y cuya autoría no consta. A la vista del contenido, más bien deberíamos decir que no ha sido reivindicado; al fin y al cabo, es un auténtico atentado contra la gramática y la ortografía. Y esta falta de reivindicación es una lástima, porque el autor merecería un puesto de honor en los anales de la confusión no sólo lingüística, sino mitológica.

Tras mencionar a Platón, demostrándonos que no lo ha leído, el perpetrador del recuadro repasa diversas teorías sobre la ubicación de la Atlántida. Imputa por ejemplo –tal vez injustamente– a Spiridon Marinatos y Agnelos Galonopoulos la teoría de que la Atlántida fue sepultada por una erupción del Krakatoa. Si hasta ahora habíamos visto cómo muchas teorías *magufas* jugaban tranquilamente con las fechas, haciendo retroceder a su capricho las épocas de construcción de las pirámides egipcias o los templos mayas con el fin de que concordasen con sus disparates, debemos reconocer que es la primera vez que el salto se produce al revés. Si el autor del recuadro está en lo cierto, la Atlántida habría recorrido un bonito periplo en el espacio hasta situarse en las antípodas de su supuesta ubicación –Krakatoa se encuentra en el Pacífico– y en el tiempo, ya que la explosión de Krakatoa se produjo en 1883.

La solución sea tal vez, como apunta el autor, la que propone el grupo español Hipergea, que “afinó en su localización hasta la actual Thera”. No sabemos cómo logró afinar tanto, puesto que por más que buscamos no logramos encontrar ninguna *actual Thera*. Santorin dejó de llamarse así hace varios siglos. Claro que no se puede estar en todo; bastante tienen estos investigadores con sus fantasías como para tener que conocer, además, la dura

realidad.

En fin; el autor termina citándonos leyendas –no lo dice, pero obviamente son *leyendas* de moderna invención– que sitúan la Atlántida en otros muchos lugares, entre ellos “la desaparecida Tartessos”. Esto último sería ya una especie de doble salto mortal con tirabuzón: un supuesto continente perdido, mencionado tan sólo a título de parábola por un filósofo griego, y que al parecer acabó sumergiéndose en las aguas, pasa a ser en realidad un floreciente imperio de la Edad del Bronce cuyos restos siguen apareciendo periódicamente y que ni siquiera se dio un bañito. Así, despojada de sus elementos, la leyenda de la Atlántida podría identificarse con cualquier cosa.

En fin; quizás el anónimo autor del recuadro debiera recurrir a Paco Lobatón para que le ayude a localizar la mítica Atlántida. Porque si tiene que confiar en los resultados de su propia investigación...

FERNANDO L. FRÍAS

¹ Carballal, Manuel: “Descubren en Canarias los muros sumergidos de la Atlántida”. *Karma*. 7 (Barcelona), Nº 286 (Diciembre 1997), 16-20.

Ovnis fantasmas en Canarias

Una de las más increíbles historietas que circulan en el mundo ovni nacional en los últimos años tiene como protagonista a un grupo de soldados de reemplazo y como escenario Gran Canaria. Según cuentan diversos periodistas especializados en temas de misterio de publicaciones sensacionalistas, una noche de abril de 1991, un grupo de soldados de la Base Aérea de Gando fue despertado de su sueño por unos oficiales para cumplir una misión. Los radares del Escuadrón de Vigilancia Aérea número 21 habían detectado ecos no identificados al suroeste de la isla. Se trataba de una *acción rápida*. Embarcaron en un helicóptero Super-Puma del Servicio Aéreo de Rescate, y allá que

se fueron nuestros soldados a la playa de Taurito o Diablito, cuestión que no queda clara en las informaciones –escasas y fragmentarias– que los autores antes citados han suministrado a lo largo de estos años.

Habiendo llegado a la zona en cuestión, los ocho soldados comenzaron a ver una serie de siluetas y sombras, mientras el helicóptero, que esperaba estático en lo alto, era sobrevolado por extrañas luces. Y, cuando los soldados se encontraban muy cerca de las sombras, se inició un tiroteo contra las mismas, pero las balas no parecían hacerles efecto: era como si las traspasaran. Las sombras desaparecían y volvían a aparecer, siendo nuevamente cosidas a tiros. Cuando se lanzaban bengalas luminosas, las sombras desaparecían. Llegaron a rodear una de las sombras, pero no dispararon por miedo a herirse entre ellos. Un perro adiestrado se acobardó... Uno de los soldados asegura que “todo aquello duró unos 45 minutos y, durante media hora, estuvimos pegando tiros”. La historia finaliza trucando los subfusiles Cetme para que no se descubriera que habían sido disparados y con la amenaza de los oficiales a los reclutas de que guardaran silencio en relación con lo vivido (amenaza que no sirvió de mucho): la peripecia se repetiría dos semanas después.

En el curso de varias visitas a la isla de Gran Canaria, mostré las informaciones publicadas a diversas autoridades militares del Ejército del Aire. Como me imaginaba, negaron los hechos, pero no sólo eso. Dando por suelta la realidad de los mismos, la operación llevada a cabo no tenía ni pies ni cabeza. Era irracional y disparatada. Así no habría actuado el Ejército del Aire en una operación similar. Entre los militares consultados por el autor de estas líneas, se encuentra el coronel Pedro Arcas, jefe de la Oficina de Relaciones Públicas del Mando Aéreo de Canarias, quien, después de sonreírse mientras leía las referencias, espetaba: “Esto es absurdo”. Reacción muy similar a la del coronel Enrique Pina, jefe de la Base Aérea de Gando, en entrevista mantenida en marzo de 1996. Posteriormente, se realizaron otras consultas, entre ellas, al Escuadrón de Vigilan-

cia Aérea número 21, donde no consta nada en este sentido. También, al 802 Escuadrón del Servicio Aéreo de Rescate, cuyo comandante jefe, Angel Valcárcel, me comentó: "Respecto al testimonio relatado en su día por el joven que cumplía el servicio militar en la Base Aérea de Gando, no procede ningún tipo de comentario por la irracionalidad e inverosimilitud no del propio fenómeno en sí, que no se entra a valorar, sino de la forma y medios con que actuaron las unidades indicadas".

Usemos la lógica. ¿Es acorde al sentido común que unos soldados de reemplazo se lían a tiros en una playa de madrugada contra unas sombras que que aparecen y desaparecen, y además durante media hora? ¿Nadie oyó los disparos? En una playa pública, fuera la de Tauro o las pequeñas calas de Taurito y Diablito, donde ya en 1991 había *campings* durante todo el año y donde abundan las embarcaciones deportivas; en fin, una zona densamente poblada por multitud de turistas –todo el sur y suroeste grancañario– y donde, a la voz de "¡Abran fuego!", nuestros aguerridos *soldados de reemplazo* –recalco– vaciaron sus cargadores en todas direcciones, exponiéndose a que hubiera algún periodista –en este caso, no ufológico– por las inmediaciones y a causar un enorme problema al Ejército. ¿Es tan estúpido nuestro Ejército del Aire? ¿Tiene todo esto algún sentido? ¿Qué nos queda? Sombras, sombras, y más sombras...

RICARDO CAMPO PÉREZ

¿Cerebros implantados?

Si la realidad del fenómeno ovni hubiese sido llevada ante un tribunal de justicia, hace tiempo que habría sido probada como algo absolutamente cierto". Con esta sensacional frase, que abre su artículo titulado "Implantes: ¿Una sutil arma alienígena?", Salvador Freixedo nos deja bien claras dos cosas: su condición de fervoroso creyente en la ufo-

logía, y su absoluta ignorancia de la práctica procesal.¹ Y si estas dos impresiones, al basarse en la lectura de una sola frase, pueden parecer algo apresuradas, a lo largo del artículo Freixedo se reafirma en lo primero –su inquebrantable credulidad– y amplía lo segundo –demostrando que su enciclopédica ignorancia abarca la gran mayoría de las parcelas del conocimiento humano–.

Freixedo parte de la base de que los extraterrestres no se conforman con hacer guarrerías con las víctimas de sus abducciones, sino que, por si eso fuera poco, se dedican a implantarles lo que el autor llama *biochips*, que son partículas que en la práctica van desde simples piedrecitas o trozos de metal hasta acumulaciones de grasa o pelos malformados. El origen real es indiferente: de lo que se trata es de hacerlos pasar por auténticos implantes extraterrestres. Claro; uno podría objetar, por ejemplo, que no todas las supuestas víctimas de no menos supuestas abducciones presentan esos implantes. No hay problema.

El intrépido Freixedo acude a Andrija Pujarich, que, desde su autoridad de doble candidato al premio Nobel por su condición de "genial inventor en el campo de la electrónica", nos informa de que existen implantes "fuera del espectro visual físico y sólo pueden ser vistos por algunos humanos especialmente sensitivos". Esperemos, dicho sea de paso, que sean más sensitivos que el propio Pujarich, que se ha dejado engañar sistemáticamente por Uri Geller, el *cirujano psíquico* Arigo y, en general, cualquier charlatán medianamente hábil que se le ha cruzado en el camino. El caso es que, con esta afirmación, las evidencias judiciales que postulaba el propio Freixedo pasan a engrosar las filas de los *fenómenos celosos*,² como las hadas y los gnomos, los incubos y súcubos, o los pitufos y los *hombrecillos verdes de la nevera*.³ Fenómenos del tipo "existen, pero sólo los puedo ver yo".

Eso sí, la mención a Pujarich, además de añadir un nuevo elemento humorístico al artículo, sirve para colocar la fotografía de Salvador Freixedo, en una pose digna de un profeta anunciando

el Apocalipsis. A su lado, Pujarich partiéndose de risa.

Afortunadamente, no todos los implantes son tan etéreos y elusivos. Freixedo nos cuenta también la asombrosa historia de cómo David E. Pritchard, doctor en Física por Harvard y profesor en el MIT, utilizó los recursos de su laboratorio para investigar el implante que se había extraído a un tal Price. Después de mostrarnos las características de la maquinaria empleada, y de hacernos ver el enorme interés que para las instituciones

Es una lástima que Freixedo no sepa inglés; en caso contrario, se habría dado cuenta de que reproduce un informe médico relativo a un implante que resulta ser un coágulo formado por células epidérmicas degeneradas

científicas presentan estos tipos de implantes, Freixedo concluye diciendo que, ¡ay!, "en el caso concreto de esta persona no se pudo llegar a ninguna conclusión acerca del implante". ¡Craso error! En realidad, no se pudo llegar a ninguna conclusión que respalde las majaderías de Freixedo; en realidad, dicho implante –ubicado en el pene del tal Price– resultó ser una acumulación de pelo, cristales de orina y esperma seco. Claro que decir esto quedaría muy feo en un artículo de estas características –no por lo del pene, obviamente–. Por cierto que es una lástima que Freixedo no sepa inglés; en caso contrario, se habría dado cuenta de que reproduce un informe médico relativo a un implante que resulta ser un coágulo formado por células epidérmicas degeneradas y producido por una lesión.

Cualquiera podría pensar que con la sarta de disparates hasta ahora expuestos –y los que el lector puede imaginarse– el delirio de Freixedo había llegado a su culminación. Pues no es así. A continuación, el investigador se lanza a una desquiciante especulación acerca de la finalidad

de los implantes. Y llega a la conclusión de que son una especie de mandos a distancia. De hecho, en un caso concreto llega a afirmar que “ingenieros consultados dijeron que aquello podría trabajar a niveles cuánticos, y si así fuera, ello podría generar ciertas interferencias con el funcionamiento de la conciencia de aquel individuo”. Los que no tenían conciencia eran los ingenieros. ¡Mira que tomarle el pelo al pobre Freixedo! Seguro que aún se están riendo.

Pero también hay implantes terrestres, colocados por la *inteligencia militar* para realizar “un control intracerebral radiohipnótico y la llamada EDM (Disolución Electrónica de la Memoria)”. Uno tiembla de terror al pensar que los malvados militares, asustados ante la difusión de estas terribles noticias, decidieran implantar semejantes artilugios en el cerebro de los lectores de Freixedo. Claro que si se limitasen a implantarlos sólo en los que se creen estas patochadas, encontrarían en serias dificultades para encontrar algo de cerebro en el que efectuar el implante.

Freixedo sigue hablándonos de los sesudos investigadores de implantes, que se caracterizan todos ellos por su fenomenal preparación científica y su imparcialidad y objetividad. De lo primero da fe el hecho de que Freixedo no nos cite ni un simple graduado escolar: quizá tenga miedo de que sus lectores se abrumen ante el despliegue de doctorados, premios Nobel y cátedras de Fisiología. En cuanto a lo segundo, baste

citar a un tal Derrel Sims, que fue testigo de avistamientos ovni desde los tres años –edad mental que probablemente no haya llegado a superar–, al igual que toda su familia, empezando por sus antepasados ingleses del Siglo XIX. Por cierto que resulta curioso que Sims, a pesar de su fe desbordante, tampoco haya sido capaz de encontrar nada...

Pero Freixedo deja atrás esos pequeños inconvenientes, e incluso algunos realmente grandes. La casi infinita diversidad de tipos de implantes, al igual que la enorme variedad de extraterrestres que los colocan, no es para nuestro audaz especulador un motivo de sospecha. Simplemente ocurre que “son muchos y muy diferentes los [grupos y razas extraterrestres] envueltos en esta tarea”. La verdad es que la credulidad de autores como Freixedo es un fenómeno digno de estudio, pero parece excesivo que tantas y tan variadas razas alienígenas pasen por nuestro planeta con este único fin.

El artículo termina con una hilarante especulación acerca de las torticeras intenciones de los autores –terrestres o extraterrestres– de estos implantes. La verdad es que es lo típico: control mental, utilización como arma o incluso una especie de sistema de borrado selectivo de la memoria. No sabemos si también hay algún sistema de borrado total de la inteligencia, pero la verdad es que el artículo lo hace sospechar muy seriamente.

En fin; tan grave es lo que

expone Freixedo que uno se preguntaría cómo es que los marcianos y/o militares no se han preocupado ya de silenciar a este conocedor de sus tenebrosos secretos. Y deberían hacerlo, pues, de lo contrario, seguirá atacando impunemente a nuestro sentido común y haciéndonos correr el serio riesgo de morir de un ataque de risa. Que lo hagan callar, o que le coloquen un implante en el cerebro.

¿O será que lo que necesita es un cerebro en el implante?

FERNANDO L. FRÍAS

¹ Freixedo, Salvador [1997]: “Implantes: una sutil arma alienígena”. *Enigmas* (Madrid), Año III - Nº 12 (Diciembre), 52-58.

² Término que Robert Sheaffer utiliza para referirse a los ovnis, los fenómenos paranormales, las apariciones marianas o, en general, cualquier afirmación *magufo*, que se caracterizan por seleccionar el momento, el lugar y las personas a quienes se muestran, excluyendo cuidadosamente a los escépticos, por supuesto.

³ Los *hombrecillos verdes de la nevera* son el prototipo escéptico de este tipo de criaturas. En efecto, muchos escépticos están firmemente convencidos de que en sus neveras habitan unos *hombrecillos verdes* que, al volverse invisibles al abrir el frigorífico, resultan indetectables. Carl Sagan asegura, en *El mundo y sus demonios*, que en su garaje habitaba un dragón que sólo él era capaz de percibir. Lo más curioso es que, a pesar de la abundancia de testimonios, los únicos que niegan categóricamente la existencia de los *hombrecillos verdes de la nevera* son los *magufos*.

Colabore en

el escéptico

¿Le gustaría participar activamente en esta revista?

Díganos qué temas le interesaría ver publicados en estas páginas, envíenos sus colaboraciones - noticias, artículos, críticas de libros...- o haganos llegar sus preguntas o comentarios sobre el contenido de la revista en forma de cartas al director.

Escriba a:

EL ESCÉPTICO

Apartado de Correos 440; 08190 Sant Cugat (Barcelona); España.

Correo electrónico: arp@mail.seric.es

Teléfono: 93 592 14 65